



La acogida

Cincuenta años después del Concilio Vaticano II, las palabras de la *Gaudium et Spes* resuenan todavía con toda su fuerza y claridad: «La humanidad de hoy está experimentando un periodo nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y rápidos que progresivamente se extienden al mundo entero. [...] Y mientras el mundo ad-vierte tan lúcidamente su unidad y su mutua interdependencia de los individuos en una necesaria solidaridad, es violentamente empujado en

dirección opuesta por fuerzas que luchan; de hecho sigue habiendo graves problemas políticos, sociales, económicos, raciales e ideológicos» (GS 4).

Las relaciones interpersonales se caracterizan por la desconfianza y el miedo. La “diversidad”, lo “diverso” son conceptos que se utilizan cada vez más para indicar desconfianza y hasta desprecio por los demás. Si bien hoy la cultura pone énfasis en el valor positivo de la libertad personal, por otro lado hay una degeneración de la libertad contra la dignidad de la persona. La actitud que reconcilia al hombre con su libertad y búsqueda de realización y la realidad del otro como “alteridad”, que abre a la reciprocidad y a la solidaridad, es la *acogida*.

Lucas, en el texto evangélico de este domingo, evidencia que Cristo vivía la acogida como camino de comunicación de la verdad (cf. Lc 15,1-2). Cuando la persona experimenta la acogida, se abre a la búsqueda de la verdad que puede garantizarle la verdadera experiencia de libertad. El creyente, que ha encontrado a Cristo como “verdad que libera” (cf. Jn 8,32), es constructor de relaciones que parten de la alteridad como riqueza y no como límite. La acogida es la actitud propia de la fe de quien ha reconocido el verdadero rostro de Dios que se comunica. Se la vive en dos direcciones: hacia sí mismo y hacia el otro, porque sólo así cada uno logra la verdadera libertad y la plena realización de sí, iniciando relaciones plenamente humanas. La acogida dispone positivamente el corazón hacia el otro, haciendo superar lo que divide y a reconocer el rostro del otro como el de “hermano” y no de rival: «[...] este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado (Lc 15,32). Dios Padre reconoce en nosotros el rostro de su Hijo y nosotros debemos reconocer en el otro el rostro de un hermano, que como nosotros es hijo en el Hijo.

ITINERARIO PARA LA CUARESMA 2013

Los gestos de la fe

I domingo

La adoración

«Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto» Lc 4,8.

II domingo

La escucha

«Este es mi Hijo elegido; ¡escúchenlo!» Lc 9,35.

III domingo

La conversión

«Si ustedes no se convierten, también perecerán del mismo modo» Lc 13,3.

IV domingo

La acogida

«Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» Lc 15,32.

V domingo

La novedad de la vida

«Tampoco yo te condeno; puedes irte, pero no vuelvas a pecar» Juan 8,11.

Oración

Oh Dios Padre,
que te complaces en reconocer en nosotros el rostro de tu Hijo, enséñanos a acogernos como hijos tuyos para superar toda división y temor.

Oh Jesús,
que has acogido a cada hombre en su condición para elevarlo a la dignidad de hijo de Dios, haznos capaces de vivir la atención al prójimo para dar testimonio creíble de ti, Verdad que libera.



Oh Espíritu de amor,
que nos revelas el rostro de Dios, haz resplandecer en nosotros la imagen que Dios nos ha donado, viviendo en la verdadera caridad y acogiendo a cada persona como hermano. Amén

Padre Renato D'Auria